

Línea de salida

María Quinteiro



Línea de salida

María Quinteiro

Capítulo 1

Vete

Se derrumban mis barreras bajo el sonido de tu voz,
juguetona,
incansable
y tan imprescindible como siempre,
pidiéndome un poco de calma en nuestro silencio a gritos.

Vuelves

como sólo tú sabes,
cargado de caramelos de fresa para la niña de los pucheros,
la misma que ahora pinta con acuarelas el verde de tus ojos,
justo después de jurarse no volver a mirarlos nunca.

Llegas

y me rozas la vida con la punta de los dedos,
con tu capricho sin fronteras,
con tu amor de mentira;
me rozas la piel
a corazón abierto y sin anestesia
para después lavarte las manos hasta los codos
y dejarme desangrándome
y con el bisturí y mi vida en el suelo.

Te quedas,
o más bien dices que te quedas,
porque no veo la diferencia entre verte y echarte de menos;
ambos casos duelen igual
y en ambos no te encuentro.

Te revuelves
y me revuelvo contigo en el placer
de sentirme más mía que tuya a cada momento;
de quererme más a mí misma de lo que puedo llegar a quererte.
Y entre susurros
me agradeces el viaje a la luna contándonos lunares,
desvistiéndonos de poesía,
odiando los años luz que separan a tu boca de la mía
de lunes a viernes.

Oigo pasos,
son tus zapatos alejándose,
tirando a las perdices por el balcón,
maldiciéndome de un portazo.
Oigo sollozos,
es tu conciencia gritando en remordimientos de no valorarme,

pidiéndome el billete de vuelta a mi estación.

Oigo una voz,

es mi libertad más clara y más fuerte que nunca.

Me tuviste;

ahora me toca a mí este correcto uso del imperativo:

vete.

Capítulo 2

Cierro el libro

Ahora que consigo encontrarme,
que quiero y dejo que me quieran y qué bonito.

Ahora que escribo y no encuentro tu nombre entre líneas ni en letra
pequeña.

Ahora que dejo en casa a mis mariposas porque sé que no voy a cruzarme
contigo.

Ahora vas
y pulsas la tecla de llamada.

Y se me inundan los ojos
en este intento de alejar más el móvil de mí a medida que suena.
Y te imagino al otro lado y no me aguanto,
me induce la impaciencia a contestar
y mi voz ya no puede sonar más rota.

Justo hoy, que mi orgullo se ha derretido ante el sol de tu ausencia
y me ha obligado a admitir que yo también te echo de menos.

Hoy, después de tanto sin recordar tu cara,
despierta nuestra telepatía y nos hace pensarnos al mismo tiempo.

Hoy, que he salido a buscar tu reflejo en los escaparates
y este jueves me ha confesado querer ser viernes para verte llegar,
para olvidar que existen más días en nuestras semanas.

Hoy rompo con todo y contigo.

Ya no quiero ver la piedra desde lejos
y dudar entre esquivarla o acelerar el paso para tropezarme cuanto antes.

Ya no te tengo miedo.

Ahora te destierro por fin de la ciudad que late entre mis pulmones
y que bombea más oxígeno a medida que te alejas.

Me desato la venda para lanzarla lejos y pedirle al mar que no la rechace,
que me quiero mucho y mi amor propio no es compatible con este tipo de dolor.

Que ya no quiero sufrir a cambio de tenerte.

Que pongo el punto final

y esta vez no va a haber más capítulos.

Esta vez, cierro el libro.

Capítulo 3

Hablemos

Hablemos de la imprudencia que mueve mi mano izquierda cuando te escribo,

la que mancha el papel de recuerdos,

de errores justificados por tentaciones innegables

a rozar tus manos,

de vidas que se retuercen y nos prohíben nombrarlas en pretérito.

Hablemos y ardamos de deseo por querer equivocarnos,

estrategias bajo la mesa y la puerta cerrada.

Dejemos en un aparte al mundo y hagamos nuestra esta oportunidad.

Hablemos y guárdate de que florezcan los modales,

así de maleducado me gustas más.

Hablemos y cuéntame tu vida,

que yo te contaré la mía:

esta que empieza con un «me quiero»

y acaba allá donde mi libertad no entiende de fronteras;

esta donde mi historia contigo no es una necesidad,

sino un complemento que pertenece a mi lista de favoritos

y al que adoro volver cuando todo lo demás no me apetece;

esta donde soy muy mía,
donde me sé igual de guapa entre tus brazos
que abrazándome sola.

Hablemos de tardes pidiendo a las horas ser eternas,
de mañanas,
noches,
de caprichos escondidos en indirectas subidas de tono,
rozando lo prohibido.

Hablemos e intercambiémonos likes que disimulen las ganas de
encontrarnos en el suelo.

Hablemos del verano que llevo escrito a fuego
y que arde cada vez que decidimos revivirlo.

Hablemos de inviernos
y de la piel cuarteada que firma una ausencia,
de dudas que rozan el malestar
y que se disipan con cada paso que das en dirección a mi vivir.

Hablemos, pongamos nuestras cartas sobre la mesa,
los ases muy a la vista,
las mangas inocentes,
y dejemos de una vez las cosas claras.

Hablemos y guárdame como quien guarda un secreto,

que a escondidas estás más guapo,

y el mundo no sabe tanto de amor como para ver lo bien que baila el nuestro.

Capítulo 4

Impotencia

Perdóname si me escondo,
si cien inviernos me obligan a callarme lo que siento,
si me estremezco al hablarme de futuro,
si te prometo un verano con mis mejores intenciones
y nos acabamos bebiendo la lluvia con vistas a mis miedos;

si demando ausencia a cada una de tus llegadas,
si mis lágrimas invisibles te mojan a cuentagotas
y yo prometo no haberte echado de menos.

Perdóname si no maldigo a la distancia,
si te cuento que me dan lo mismo los kilómetros
y me guardo la parte en la que muero por enlazar mi pelo a tu olfato
y escucharte repetir que no hay forma más bonita de llegar al cielo.

Perdóname si mi voluntad se deshace,
si solo me quedan pedazos en carne viva
y tus puntos de sutura no dejan cicatriz.

Perdóname si te oculto que me cortaría,
una a una,
todas mis arterias

por no verte desangrándote.

Perdóname si finjo confesar que no te quiero,
que nunca soñé con rozarte los huesos,
que nunca ahogué esperas en silencio,
que tu voz en modo susurro no sabe parar el tiempo,
y que tú para mí
existes,
lejos de ser.

Ahora dale la vuelta a todo lo que acabas de ver,
ama de mí cada contradicción,
léeme los ojos y no esta voz que se viste de cobardía,
y te sorprenderá que te espero como si el fin del mundo tuviera tus ojos
y fuera a salvarme la vida.

Capítulo 5

Asumo tu acantilado

Tirando el halo al vacío de un acantilado que acaba en rocas,
para crear una nueva zona de confort en tu latido infame.

Criaré mariposas en las grietas de la casa en la que nunca viviremos
después de no prometernos la eternidad en la que seremos una versión
falsa de nosotros mismos.

Espérame despierto todas las noches de tu vida,
pero no te extrañes el día que no vuelva
por haber encontrado mi libertad en otro sitio:
en verte dormido.

Como enero y diciembre,
como el punto de partida de nuestro juego
y el punto final de todos los poemas que me recitas al saltar conmigo por
el precipicio de la culpa en el que rezo no encontrarte.

Espero no esperarte hasta que aparezcas,
bautizando el momento en el que destierro al ángel de mi hombro y floto
hacia ti a centímetros del suelo
para dar un hogar a todos tus demonios maquillados con plumas blancas.

Describirte con el mínimo orden sería mentir sobre ti.
Porque tú eres la métrica menos cuidada que existe,
el remolino de oxígeno más asfixiante que he respirado nunca.
Tu cielo es el huracán que edifica infiernos allá por donde pasa,
que deshace tranquilidad donde nunca había sido conocida la calma.

Echo de menos mi futuro como si me hubieran acusado de no escribirte
y lo cierto es que te escribiría el poema más bonito del mundo si aún no
existieses,
pero cada palabra sin sentido que me nace lleva consigo los encuentros
más oscuros que me regaló tu luz.

Ojalá encontrar la llave del candado que me ata a la pesadilla que no
desearía ni a quien peor me quiere,
para lanzarla tan lejos como me impida ver la venda que me cubre los
ojos y lleva tu firma.

Vivo tranquila en el desastre que siempre intento no ser,
evitando que llegues para llenarlo todo de calma y coronarte rey en mi
castillo en el aire.

No quiero despertarme a las tantas por sentir el roce de tu mano junto a la mía
-como si estuvieras buscándome en sueños-,
quiero verme tan lejos de ti que sea innecesario romper estos centímetros para reencontrarnos.

Capítulo 6

Me crecen tus flores

Nos llegará la vida
y será tan puntual como nuestras ganas de bebernos a oscuras.

Tomo aire,
dejando espacio al discurso de un sentimiento
que se quedará en borrones
si no es alentado por tu presencia;
demandando universos de caricias,
besos de urgencia
y sonrisas con razones de ser
escondidas bajo manteles infinitos,
ocupados por testigos ciegos a las ansias que tan bien se ven.

Recorremos a diario
laberintos de sed,
sabedores de que en nuestro mundo siempre es de día;
y negamos a la noche su bienvenida,
bajo la esperanza de que no llegue a oscurecer
y ambas ausencias nos deshidraten
o no nos dejen encontrar la salida.

Exprimimos veranos
en nuestra imaginación,
deseamos longevidad a la estación
de paseos nocturnos y escasez de nubes;
reímos la tardanza del invierno;
y nos bañamos en la plena libertad
que supone sabernos tan rebeldes e independientes
como siempre
y, al mismo tiempo,
querer encharcar un trocito de nuestras vidas con el futuro del otro.

Duelo de palabras
entre corazón y razón:
ambos ansían tenerte
con la intensidad con la que en mi cuerpo crecen tus flores.

En mi existencia contigo nunca muere la poesía,
dime si podemos acompañar toda la vida que nos queda
con el optimismo que hace eternos a los personajes de mis libros.

Capítulo 7

Lloran los poemas que ya no te escribo

Derramé el tintero en su pared
y mi habitación fue testigo de un amor tan indeleble,
que se retorció de envidia toda la poesía del mundo.

Nos prometimos el mar con cien veranos de ventaja.
Navegaba en mi desierto con la humedad en sus dedos como bandera.

Le quise tanto, tanto,
y tan de verdad,
que llegué a adorar al verano por abarcar la excusa perfecta para
sudarnos de más.

Me dejé engañar,
llevaba la esperanza pintada en los ojos.

Le negó a mi abril su ansiada primavera,
hizo llorar a los arces
y me cubrió el suelo de decepciones secas y rojas;
migraron las golondrinas de mi balcón a la estación del olvido
y enviudó la última tórtola al escucharme sollozar.

Cosimos tardes sin creer en anocheceres,
abanderando verdades ajenas a las miradas curiosas del qué dirán.

Até un pañuelo blanco a su ventana cada día que volvía mi inocencia a
despertar con él.

Creyó escuchar mi voz en todos los rincones donde fui silencio.

Me desnudó el alma dejándome vestida la piel
y lo confundí con amor.

Me empapó de juicios
donde mataba y rogaba la indulgencia por morir;
silenció con su voz a mi voto,
y mi rabia se volvió impotencia al deshacerse a mi lado en el
banquillo de los acusados.
Fingía agonizar ignorando que uno de los dos se estaba yendo de verdad.

Me desgarré la voz acudiendo a su auxilio;
rodaron trozos de cristal vistiéndome de rojo,
y ahora yo, despertando en esta afonía mía, ya no hago tiritar ni al eco de

su nombre.

Sufrí como nunca tendré el valor de escribir.
Compuse mi conmoción y me descompuse.
Lloré en un hombro que no era el suyo,
probé la sal de otros labios,
y, entre su ida y mi huida, me quise mucho más.

Desháganme, señoras y señores, la piel,
que doy por vividos los poemas que le escribí.
Si sus puntos de sutura van a recordarme que hubo fuego,
que corra la sangre,
déjenme morir,
que solo así me tatuaré el peligro de atreverse a querer de verdad.

Capítulo 8

Abrázame cuando muera el sol
para curarnos el frío,
que estas sábanas huelen a blanco
y a limpio
y te tiñen de hogar;
abrázame haciendo ley a la premura,
que nos queda la vida
y el mejor de los inviernos aún está por venir.